

Otra cara de la institucionalización. La versión Alice Munro

Daniel Matusevich

Médico Psiquiatra
Coordinador del equipo de Psicogeriatría del Servicio de Psiquiatría del
Hospital Italiano de Buenos Aires
E-mail: daniel.matusevich@hospitalitaliano.org.ar

*“Un gusto deja de ser arbitrario no cuando se lo cree correcto
(¿quién puede decidirlo?),
sino cuando se lo argumenta con exactitud”.*

Beatriz Sarlo, 2012.

Introducción

En esta presentación intentaremos delinear algunos de los aspectos menos visitados del proceso de institucionalización y algunas de sus vicisitudes. Para ello, de la misma manera que en otras ocasiones cuando nos ocupamos de temas afines al mundo de la psicogeriatría, apelaremos al modelo narrativo para obtener un material que nos sirva de ejemplo y guía en la tarea que llevaremos adelante. La mayor parte de los trabajos existentes acerca de la vida de los viejos institucionalizados pone el eje en aspectos cuantitativos y diagnósticos, dejando de lado la dimensión personal implicada en el hecho de habitar una institución total. Las narraciones son ideales para rescatar dicha dimensión, ya que van directo al encuentro de la experiencia subjetiva impli-

cada en el asunto. Y, como valor agregado para nada desdeñable, movilizan intensamente las emociones de los profesionales implicados, facilitando el desarrollo de una corriente de empatía, elemento fundamental de la actitud terapéutica (1).

Explicaremos brevemente aquí porqué elegimos un relato de ficción por sobre la realidad que nos podría aportar un material clínico; para ello apelamos a algunas reflexiones que desgrana Milan Kundera en un ensayo que, a nuestro juicio, no adquirió la trascendencia que merece: nos estamos refiriendo a *El arte de la novela*, publicado en el -ya lejano- año 1986. Allí, el autor checoslovaco plantea de manera clara y definitiva que “(...) la novela ha descubierto por sus propios medios,

Resumen

En el presente artículo examinaremos algunos aspectos del envejecimiento, el Alzheimer y la institucionalización geriátrica a partir del análisis de algunos fragmentos del cuento “Ver las orejas al lobo”, escrito por la novelista canadiense Alice Munro.

Palabras claves: Geriátrico - Envejecimiento - Alzheimer - Alice Munro.

THE OTHER SIDE OF INSTITUTIONALIZATION. ALICE MUNRO'S VERSION

Abstract

The aim of this paper is to describe some aspects of the aging process, the Alzheimer and the nursing home starting from the analysis of some fragments of the tale *The bear come over the mountain* written by Alice Munro.

Key words: Nursing home - Aging process - Alzheimer - Alice Munro.

por su propia lógica, los diferentes aspectos de la existencia: con Cervantes se pregunta qué es la aventura; con Balzac descubre el arraigo del hombre en la historia; con Tolstoi se acerca a la intervención de lo irracional en las decisiones y en el comportamiento humanos (...) la novela que no descubre una parte hasta entonces desconocida de la existencia es inmoral (...) cada novela le dice al lector 'las cosas son más complicadas de lo que tú crees' (...) (2). Siguiendo la estela de este autor y de esta reflexión, rápidamente caemos en la cuenta de que la potencia de una historia engloba varias vidas y que el lector atento (en este caso podríamos decir el clínico atento) debería ser capaz de sacar enriquecedoras conclusiones que engrandezcan su acervo teórico y faciliten su acercamiento al paciente. Por todos es conocido que los más grandes historiales clínicos (Freud, Jaspers) son apasionantes historias que capturan nuestro interés de principio a fin, al igual que los relatos de pacientes disfrazados de cuentos (o viceversa) de Oliver Sacks, llenos de acontecimientos sorprendentes que nos quitan el aliento a la par que nos asombran.

En tiempos donde los materiales clínicos o historias de pacientes escasean en las publicaciones científicas y cada vez se reducen más a un muestrario de síntomas sin alma, debemos escuchar con mucha atención a Kundera cuando nos advierte que "(...) si la razón de ser de la novela es la de mantener el mundo de la vida permanentemente iluminado y la de protegernos contra el olvido del ser ¿la existencia de la novela no es hoy más necesaria que nunca?" (2). Por supuesto que podríamos decir lo mismo acerca de los relatos de pacientes, en aparentes vías de extinción, que nos recuerdan la diferencia existente entre un médico neurólogo y un psiquiatra, protegiéndonos contra el olvido de nuestra identidad puesta en jaque hoy tanto por el biologicismo cuantificador como por un pretendido naturalismo sociológico.

Volver al modelo narrativo puede significar, en tiempos de atención gerenciada y clasificaciones omnipresentes, un gesto de independencia que libere no solo al terapeuta sino también a su paciente, ya que ambos están sujetos al "olvido del ser" que cosifica los encuentros y desnaturaliza las intervenciones. La utilización de este modelo evita que caigamos en el "torbellino de la reducción" donde el mundo de la vida "se oscurece fatalmente y en el cual se cae en el olvido" (2). Podemos agregar que constituye una demanda a la necesidad de que los terapeutas lean, como una apelación a que puedan combatir a través de la lectura los monstruos de su alma y de la de sus pacientes; en este sentido, utilizar un cuento largo que haga las veces de material clínico también busca despertar la curiosidad de la mayor cantidad de colegas posible, desde ya evitando cualquier exceso de optimismo, contradicho de manera muy evidente por la escasa cantidad de libros de la especialidad que se publican en nuestros tiempos. Está de más aclarar que aquellos que decidan leer las cincuenta páginas que componen el cuento sacarán un mayor provecho de la lectura de este trabajo. Con la misma lógica, Jonathan Franzen se pregunta si es posible que una narrativa mejor pueda salvar al mundo; la respuesta es que siempre existe una

mínima esperanza (a veces ocurren cosas raras), pero la respuesta es que no, no puede. Sin embargo, continúa diciendo nuestro autor, hay bastantes posibilidades de que nos salve el alma (3).

En esta ocasión hemos resuelto darle descanso a Philip Roth, un abonado a nuestras presentaciones, y nos inclinamos por uno de los cuentos más conocidos de Alice Munro: "Ver las orejas al lobo" (que incluso fue llevado al cine en el año 2007, en una película que altera el equilibrio del relato dirigida por Sara Polley, con la siempre sugerente Julie Christie en el papel principal), incluido en su libro de 2001 *Odio, amistad, noviazgo, amor, matrimonio* (4). Podemos argumentar que nuestra elección es bastante obvia, ya que el mundo construido por esta autora está caracterizado por una profundización en los personajes y sus circunstancias heredera de Welty, Mansfield y Porter; en palabras de ella misma: "Me gusta contemplar la vida de la gente a lo largo de una serie de años sin continuidad. Como si los captara en instantáneas. Y me gusta la forma con que la gente guarda relación o no con quien era anteriormente. No veo a la gente en un desarrollo que llega a algún lugar" (5); este párrafo es ideal para introducirnos en tema, ya que la fuerza de una institucionalización es mucho mayor que la de una mudanza, asemejándose más a una migración, con su componente de desarraigo sobrevolando todo el proceso, a punto tal que a veces no se remarca lo suficiente que las vidas de aquellos involucrados en estos procesos, que bien o para mal, no vuelven a ser las mismas.

Franzen, uno de los más elogiosos fans de Munro, afirma que nuestra autora es la mejor escritora de narrativa actualmente en activo en América del Norte; vale la pena que nos detengamos brevemente en algunas de sus argumentaciones: "(...) su tema son las personas (...) si uno lee ficción sobre un tema enriquecedor como el arte renacentista con toda seguridad se siente productivo. Pero si la narración está ambientada en el mundo moderno, si las preocupaciones de los personajes nos son familiares, y si nos implicamos tanto en el libro que no podemos dejarlo a la hora de acostarnos, se corre el riesgo de creer que solo estamos entreteniéndonos" (3).

Conocida como la "Chejov canadiense" construye sus relatos en forma no lineal, desafiando permanentemente al lector a encontrar el sentido tanto de lo dicho como de lo no dicho (por esta circunstancia Polley fracasa en la transcripción cinematográfica del relato); cumple a rajatabla con el enunciado de Kundera, ya que desaparece totalmente tras su obra, renunciando al papel de mujer pública y hablando solamente a través de lo que escribe (son escasos los reportajes que ha brindado, un poco más después de haber obtenido el Nobel).

Un elemento que no debiera pasar desapercibido al lector atento es que la obra de esta autora se centra en el placer de contar una historia, brindándonos un maravilloso ejemplo de amor por sus personajes sin renunciar en ningún momento a criticarlos y a ponerlos en su lugar; este patrón puede ser de utilidad al clínico a la hora de tener que construir un relato, arte en peligro de extinción debido, entre otras cosas, a la escasez de maestros, ya que las nuevas generaciones de docentes tam-

poco fueron instruidas en los secretos de esta técnica, reemplazada de manera muy vaga y dubitativa por los reportes de síntomas de la medicina general. A manera de resumen de este apartado no es exagerado concluir diciendo que aquellos interesados en aprender a escribir historias de pacientes deberían leer a Alice Munro, su manejo de los recursos narrativos, los giros imprevistos, las profundidades sorprendentes que alcanza y, como dice Carbajosa, la preferencia por una expectativa más que por un asombro la colocan en el mismo camino que Jorge Luis Borges (5).

Otra clave para la lectura que consideramos necesario conocer y que está presente en el cuento seleccionado es la capacidad de no condenar las conductas humanas, sino más bien tratar de ponerlas en perspectiva; en palabras de Jonathan Franzen : “ (...) hay que perdonar a todo el mundo y no condenar a nadie. De lo contrario uno podía pasar por alto aquel suceso poco probable, aquella posibilidad remota, que abre una vida de par en par (...)” (3). Tener en cuenta estas coordenadas cuando estamos hablando de institucionalización, envejecimiento y Alzheimer nos parece fundamental ya que, como hemos planteado en trabajos anteriores, la consideración del proceso de envejecimiento como una enfermedad, creencia muy extendida hasta hace no demasiado tiempo implicaba que era imposible establecer la comunicación necesaria entre los viejos y el mundo, ya que el declive intelectual, que siempre estaba presente, era considerado un obstáculo insalvable.

Para avanzar por el camino que estamos intentando plantear es necesario trascender el diagnóstico de la biomedicina y recalar en diferentes modelos de envejecimiento alejados de la mirada viejista y estigmatizante; autores como Munro, Roth, Franzen, Tyler, Styron, Updike, Moore y tantos otros, nos proponen en sus novelas y relatos imágenes de la vejez alejadas de los estereotipos, ideales para imaginar diferentes hipótesis acerca de este tema. Es fundamental que medicina y psicología se distancien de las miradas que equiparan vejez con enfermedad, las historias ofrecen múltiples entradas para comenzar a pensar el envejecimiento desde lugares mucho más enriquecedores para los profesionales y sus pacientes que los estereotipos habituales, que solo contribuyen a conservar vivo al prejuicio que separa a los viejos del resto.

La historia

Un marido decide internar a su mujer en una institución geriátrica debido a que la misma padece Alzheimer y se le hace imposible sostener los cuidados que la misma requiere. Después de un tiempo de adaptación de treinta días en el que no puede ser visitada, Fiona consigue un novio entre los ancianos internados, comenzando a desinteresarse por Grant, desconociéndolo y pasando a considerarlo un desconocido que la visita con regularidad.

En un primer movimiento típicamente Munroviano nos enteramos que el esposo engañó de manera sistemática a su esposa, recordando estos tiempos como los más felices de su existencia; asistir a la “infidelidad” de Fio-

na reactiva sus propias infidelidades, sumiéndolo en un trance de tristeza y desorientación, del que se recupera momentáneamente durante las visitas a Lago del Prado.

Segundo movimiento Munroviano: la esposa del novio de Fiona lo retira de la institución, llevándolo nuevamente a su casa; este hecho determina que la novia se deprima profundamente, entrando en un estado prácticamente de abandono. Grant queda desolado por su mujer, su historia lo hace sentirse culpable y siente que tiene que hacer algo.

Grant visita a Marian para pedirle que lleve de vuelta al novio al geriátrico, al menos para visitar a Fiona; ella se niega poniendo por delante motivos de organización y sobre todo económicos, ya que en caso de hacerlo no podría seguir manteniendo el nivel de vida que lleva. Las reflexiones del marido de regreso a su casa son impagables, proponen una tensión que dejo planteada para que el lector curioso se vea forzado a visitar el texto original y sacar sus propias conclusiones.

Último movimiento doble: cuando Grant llega a su casa halla un mensaje de Marian en su contestador, invitándolo a un baile en el pabellón de la Legión Americana y se encuentra a sí mismo fantaseando con el cuerpo de ella. Todavía hay una última vuelta de tuerca más, pero para finalizar la reseña digamos que la historia queda abierta, como la vida misma (como diría Lorrie Moore) (6).

El análisis

“(...) supongo que tendré que ir siempre arreglada. O semi-arreglada, será como estar en un hotel... años atrás habían ido unas cuantas veces a Lago del Prado, a visitar al señor Farquar, el viejo que en otros tiempos era su vecino... solo hablaba de las rutinas del lugar, y ellos comprendieron que sus visitas, aunque gratas, eran para él una carga social...-Ya sabes lo que tendrás que hacer conmigo, ¿no? Tendrás que meterme en ese lugar, Lago del Llano. -Lago del Prado-dijo Grant-. Todavía no hemos llegado a esa etapa. -Lago del Llano, Lagolleno-continuó ella, como si jugaran a competir-. Lagolelo. Es Lagolelo...”. Ya desde el comienzo aparece claramente delineada la mudanza al geriátrico como la exploración de un territorio desconocido, aunque iluminada por fantasías a partir de, en este caso, una visita anterior. Va le la pena leer y releer la primera página, donde hay un resumen de prácticamente toda la vida de la pareja; la institucionalización es un cambio que inevitablemente resignifica todos o casi todos los movimientos vitales significativos anteriores de la familia, con una carga afectiva que no debiera ser minimizada. Podemos decir que si la vida no fue buena es muy difícil que el pasaje a la institución lo sea.

“Se paraba en los umbrales intentando adivinar adónde iba. Se olvidaba de encender la hornalla bajo las verduras y de poner agua en la cafetera. Le pregunto a Grant cuándo se habían mudado a esa casa: ¿el año pasado o el anterior? Hace doce años, es asombroso (...). Fiona, que ya no iba sola a comprar, desapareció del supermercado en el momento que Grant estaba de espaldas. Un policía la encontró a varias manzanas de distancia, caminando por el centro de la calle. Le preguntó cómo se llamaba y ella le respondió enseguida. Luego le preguntó cómo se llamaba el primer ministro del

país: la verdad joven, si usted no lo sabe, no debería tener un trabajo de tanta responsabilidad (...)" La memoria es una caja de Pandora, llena de sorpresas y encuentros inesperados; su exploración debe ser detallada y minuciosa ya que fantasmas del pasado se cruzarán con figuras del presente en un caleidoscopio sin final. El neuropsicólogo será el encargado de cuantificar y medir la devastación, mientras que a la familia, al terapeuta y a los cuidadores les cabrá la delicada misión de acompañar al que se está extraviando en su jornada a través del olvido. La prosa de Munro tiene una conexión directa con los olvidos de Fiona, detenernos en estas páginas nos permite acercarnos a sus emociones y al asombro que experimenta en la certeza de que el mundo cambia al mismo tiempo que ella está perdiendo el control.

"Los residentes nuevos tenían prohibidas las visitas durante los primeros treinta días. La mayoría necesita ese plazo para aclimatarse. Antes de que se estableciera la norma había súplicas, lágrimas y rabietas, incluso entre los que habían ingresado por voluntad propia. Al tercer o cuarto día empezaban a quejarse y a rogar que los llevaran a casa. Y, como algunos parientes eran sensibles a esas peticiones, había gente que volvía a su hogar en el mismo estado en que había llegado. Al cabo de seis meses, o de solo unas semanas a veces, había que pasar de nuevo por todo ese jaleo fastidiosos...Lago del Prado es su hogar (...). Desde luego eso no vale para los de la segunda planta, a quienes no podemos dejar salir. Resulta demasiado difícil y de todos modos no tienen conciencia de donde están (...). Pensó que debía descubrir qué sucedía en el segundo piso, donde tenían a los que se les había ido del todo la cabeza. Por lo visto, a los que deambulaban por los corredores hablando solos, o haciendo preguntas a cualquiera con quien se cruzaran (¿no me he dejado el suéter en la iglesia?), solo se les había ido un poco (...) las puertas de arriba estaban cerradas y solo el personal tenía las llaves (...) ¿Qué hacían, una vez que se les iba la cabeza?". En este largo párrafo quedan resumidos tres de los más grandes temas de los procesos de institucionalización, insuficientemente problematizados a nuestro juicio: ¿tiene sentido prohibir las visitas por decreto?, ¿no existe el análisis de cada situación?, no conocemos ninguna investigación que analice las emociones y los sentimientos de aquellas personas que además de mudarse a una institución se les restringe la capacidad de interactuar con sus afectos cercanos, ¿cuál será el impacto de esta decisión en aquellos disminuidos cognitivamente?, preguntas que surgen de la lectura de Munro. El fantasma que recorre muchos hogares es el terror a ser trasladado a la "segunda planta", el lugar adonde van aquellos que necesitan una atención especializada, que han perdido el control por completo de sus coordenadas vitales, de su destino, para ponerse totalmente en manos de cuidadores profesionales. Por último, y relacionado con el fragmento anterior, uno de los dilemas éticos, morales y filosóficos más delicados de la actualidad: ¿existe algún ser humano que haya perdido totalmente la conciencia, que "no tenga conciencia de donde está"? Nuestra opinión (y la de varios más) es que no, que tal cosa no sucede, lo hemos planteado en diversos artículos, en consonancia con trabajos de Post, Whitehouse, George, Kitwood y Hughes por lo que no lo desarrollaremos en este apartado, sim-

plemente dejamos planteada nuestra posición en estos tiempos hipercognitivos donde los valores sociales pasan por mantener intacta las capacidades intelectuales, dejando de lado elementos como la solidaridad, la compañía y la compasión (7).

"(...) era el momento de intimidad más activa, aunque también estaban, claro, los cinco o diez minutos de ternura física tras meterse en la cama, algo que pocas veces terminaba en sexo pero que les confirmaba que el sexo no se había acabado todavía (...) y de engañar a Fiona -y desde luego la había engañado-, pero ¿habría sido mejor que hubiera hecho lo que otros con sus esposas y la hubiera abandonado? (...) mezclados con el rumor de las hojas y el gorgoteo del agua, se oían las risas y los susurros de Fiona (...) el bronceado color avellana de la cara y el cuello continuarían en el escote, que debía de ser profundo, arrugado como papel crepe, oloroso y cálido (...) en eso podía pensar mientras marcaba el número que había apuntado. En eso y en la sensualidad práctica de su lengua de gata. En sus ojos de gema (...)". Munro no le escapa al tema de la sexualidad (incluyendo la genitalidad) en la vejez y en las instituciones, todavía un continente bastante poco explorado. Veamos un ejemplo: en una producción con material escrito y fotográfico publicada en el diario El País de España en enero del 2011, Sánchez Mellado escribe que el sexo en la vejez es quizás uno de los últimos tabúes que permanecen intactos, después de todas las revoluciones sexuales del siglo XX y hasta bien entrado el XXI. La autora relata en dicha nota que ningún modelo de ninguna agencia de España (país de origen de la glosa) quiso aceptar un trabajo que implicaba posar desnudo tocándose, besándose y acariciándose con sus arrugas, sus carnes maduras y con las manchas atribuidas a la edad; tampoco ninguno de la docena de veteranos actores y actrices a los que se invitó a participar. Hasta llegaron a consultar a socios de clubes naturistas que también rechazaron la propuesta. La misma Sánchez Mellado plantea que la respuesta a esta situación puede estar dada en que si bien la sexualidad de los jóvenes y los adultos de mediana edad se da por supuesta, la de los mayores se da por extinta. Se tiende a pensar que en un determinado momento entre los sesenta y los setenta años se acabó lo que se daba: los abuelos, lo sean o no, pasan a considerarse seres asexuados. Los besos húmedos, la pasión, los orgasmos, las caricias íntimas, los gemidos son palabras mayores que la mayoría prefiere ignorar. Es dado por imposible, no entra en la cabeza o es de mal gusto pensarlo siquiera, cosa de viejos verdes (8). En esta línea plantean que uno de los hallazgos del estudio llevado adelante por George Vaillant en la Universidad de Harvard, muestra que los médicos no preguntan lo suficiente acerca del sexo a sus pacientes. Avanzan aún más en este argumento sosteniendo que la posibilidad del profesional de profundizar en estas cuestiones está directamente ligada a su propia vida sexual, específicamente a los logros y a los fracasos que la hayan caracterizado. Intuimos que le será muy difícil a aquel que no esté conectado con su propia sexualidad poder acompañar a sus pacientes a través de un terreno imbuido de prejuicios, falsas creencias, estereotipos sociales y discriminación (9).

"(...) era Fiona quien al parecer se acostumbraba a él, aunque solo como a una visita persistente con un interés especial por ella. O quizás incluso como un pesado a quien, según sus viejas normas de cortesía, había que evitar que supiese que lo era. Lo trataba con una amabilidad distraída y educada que a Grant le impedía hacer la pregunta más evidente, la más necesaria. No podía preguntarle si recordaba que era su marido desde hacía casi cincuenta años". En este fragmento queda reflejada una de las situaciones más angustiantes, terroríficas podríamos decir, que se dan en el mundo de aquellos que están olvidando: el momento donde las personas comienzan a no ser reconocidas, ocasionalmente o en forma definitiva quedando planteada a partir de ese momento una lógica de vida diferente en donde hay alguien que sabe quién es el otro y hay un otro que desconoce quién es ese alguien, habitando una realidad paralela con sentidos misteriosos y hasta inaccesibles; se configura un verdadero desafío para el cual existen escasos puntos de referencia, ¿cómo es encontrar una forma de redefinir y reciclar los vínculos modificados por los olvidos? Quizás un buen punto de partida sea retirar la cognición del altar de los valores absolutos de nuestra sociedad; en palabras de David Schenk la medicina nos aporta herramientas para mantenernos vivos, pero no es capaz de ayudarnos con respecto al arte de vivir, el desafío es escapar de los confines médicos de la enfermedad y constituir una nueva humanidad en el camino (10). George y Whitehouse plantean que cada intervención psicosocial es también una intervención biológica; leer un libro, contar una historia o ser parte de un proceso de psicoterapia produce cambios en el cerebro, por lo que no deberíamos discriminar este tipo de intervenciones relativizándolas como meros divertimentos para ocupar el tiempo de los viejos. Estos autores continúan diciendo (analizando el trabajo realizado por Whitehouse en Cleveland) que no necesitamos un cerebro que funcione al 100% de sus posibilidades para disfrutar de la música, el arte o de una buena historia, es necesario cambiar los paradigmas de la biomedicina por otros que incorporen una mirada más humanista, comprometiendo a lo que ellos llaman la imaginación moral en la tarea (11).

"(...) quienes recibían visitas iban en sillas de ruedas, cojeaban apoyados en un bastón o caminaban con rigidez, sin ayuda, a la cabeza de la procesión, orgullosos del logro pero con la mirada perdida o babeando irremisiblemente por el esfuerzo (...) y con qué alegría, con cuánta presteza, un hermano mayor o el padre se ofrecían a sacarlos de allí, con lo cual se libraban de la visita (...) por mucho que se hubieran afeitado las barbillas femeninas, que se escondieran con parches o gafas oscuras los ojos enfermos, que se controlaran con medicamentos las palabras intempestivas, persistía cierta fijeza en la mirada, una rigidez torturada, como si esos seres se contentaran con convertirse en recuerdos de sí mismos, fotografías finales." La vulnerabilidad y la fragilidad imperante en las instituciones hacen que la vejez y la enfermedad se confundan, ya que prácticamente todos los ancianos institucionalizados presentan algún tipo de hándicap, físico o psíquico, que condiciona el proceso y dispara reflexiones semejantes a las transcritas del cuento; la combinación entre vejez, limitaciones físicas y olvidos es muy difícil de soportar, la institución amplifica el panorama y plantea un escenario mucho más complejo y difícil de categorizar, ya que los visitantes se enfrentan no solo al envejecimiento familiar, sino también a todos los envejecimientos del resto de los huéspedes.

Para terminar (final abierto, a la manera de Munro) me pongo nuevamente en manos de Jonathan Franzen, que nos propone una mirada que creo vale la pena compartir: "(...) y si esa persona ofendida por la mentalidad abierta de Grant -por su falta de fe, su autocomplacencia, su vanidad, su estupidez- no fuera una desdichada desconocida sino su propia hija? ¿Una hija cuyo juicio parece el juicio de toda una cultura, de todo un país, al que de un tiempo a esta parte le ha dado por acogerse a los absolutos? ¿Y si el gran regalo que le has dado a tu hija es la libertad personal y ella, cuando cumple veintiún años, lo usa para darse la vuelta y decirte: tu libertad me da asco, y tu también?"

Conflictos de intereses: El autor declara no tener conflictos de intereses con la industria farmacéutica. De los otros, tiene muchos ■

Referencias bibliográficas

1. Mantaras G, Matusevich D. Métodos cualitativos en psiquiatría: utilización del "relato de vida" para el estudio del suicidio en la vejez. *Vertex, Rev. Arg. de Psiq.* Nº105 - Septiembre/Octubre 2012. Pag. 359-363.
2. Kundera M. El arte de la novela. Tusquets Editores. Barcelona: 2006.
3. Franzen J. ¿Cómo estas tan seguro que no eres el maligno? En: Franzen J. Más afuera. Salamandra. Barcelona: 2012.
4. Munro A. "Ver las orejas al lobo". En: Munro A. Odio, amistad, noviazgo, amor, matrimonio. RBA. Barcelona: 2009.
5. Carbajosa M. Alice Munro. El dominio del cuento. *Espéculo. Revista de Estudios Literarios*. 2010, Universidad complutense de Madrid.
6. Moore L. Como la vida misma. Salamandra. Barcelona: 2003.
7. Matusevich D, Pisa H. Deterioro cognitivo: la identidad de los olvidados. *Vertex, Rev. Arg. de Psiq.*, 2013, Vol. XXIV, pp. 104-113.
8. Sánchez Mellado L. El último tabú. Sexo a partir de los 60. *El País Semanal*, Nro. 1789, 50-56, 2011.
9. Martín-Joy J, Vaillant G. Recognizing and Promoting Resilience. En: Depp C, Jeste D. Successful Cognitive and Emotional Aging. *American Psychiatric Publishing*. Washington. 2010.
10. Schenk D. The forgetting. Random House. New York: 2001.
11. Whitehouse P, George D. The myth of Alzheimer's. Mc Millan Books. New York: 2008.